



El fantasma de la extrema derecha recorre Europa

Javier Castillo Jaramillo (1)

16/11/2009
Política
El fantasma de la extrema derecha recorre Europa

16/11/2009
Política
La Cámara de Diputados al pizarrón

09/11/2009
Política
¿Qué queremos hacer cuando seamos gobierno?
Oscar Landerretche en el CED

09/11/2009
El Estado y América Latina del futuro: Percepciones y tendencias

09/11/2009
Sociedad
¿Liderazgo juvenil mapuche
Cómo ejercer un liderazgo desde el entendimiento del otro

02/11/2009
Economía
Evolución histórica de la población chilena

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Durante los primeros años del siglo XXI, Europa ha visto renacer un nacionalismo con matices no vistos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Más que nunca antes desde el último suspiro de los totalitarismos de extrema derecha, se ha visto a personas con responsabilidades públicas esgrimiendo argumentos derechamente racistas, xenófobos y populistas. Europarlamentarios que abogan por limitar los derechos de los inmigrantes, alcaldes que se jactan de haber erradicado a los niños vagos de los centros de sus ciudades y mandatarios que hacen mofa del color de piel de Barack Obama, son ejemplos de este cambio de giro de la política europea.

En las últimas elecciones europeas, los partidos de extrema derecha obtuvieron más escaños que nunca antes en la historia del Parlamento Europeo. En Holanda, el populista Partido por la Libertad obtuvo el segundo lugar en estos comicios y cuatro eurodiputados; en Gran Bretaña, el Partido Nacional Británico, organización que no admite miembros judíos ni negros, obtuvo el 6% de los votos y dos europarlamentarios; la ultraderecha austríaca, con un discurso anti-semita y anti-islam, alcanzó el 13% de los votos y dos eurodiputados; la ultraderecha finesa, encabezada por el partido "Verdaderos Fineses", alcanzó el 10% de los votos; y en Hungría, el Movimiento por una Hungría Mejor, logró el 14% de los votos con un discurso anti-gitano. Sin embargo, donde más se ha notado el resurgimiento de la ultra es en Austria e Italia. En ambos países, la extrema derecha disfruta un nivel de estima y visibilidad mediática no comparable al de agrupaciones afines en el resto de Europa.

Austria: la derecha de todos

Tras las elecciones parlamentarias de 1999, por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la ultraderecha asumió funciones de gobierno en Austria. En esas elecciones, el neofascista Partido de la Libertad obtuvo el 26,9% de los votos y 52 escaños, siendo superado sólo por los socialdemócratas (33,2%) e igualando en votos y escaños con los socialcristianos del Partido Popular. En este escenario, Wolfgang Schüssel, líder de este último partido, desestimó continuar con la Gran Coalición –formada por socialdemócratas y socialcristianos– gobernante y privilegió una alianza de gobierno con la ultraderecha.

La gran coalición establecida en 1987, luego de 12 años en el gobierno, había consolidado un sistema de repartición proporcional de cargos entre socialdemócratas y socialcristianos que terminó convertido en su talón de Aquiles. A tal extremo llegó la aplicación de este sistema, que incluso los cargos en la banca nacional y el sistema educativo se repartían respetando el criterio de paridad. Así las cosas, las acusaciones de clientelismo y nepotismo no tardaron en llegar. La extrema derecha austríaca, liderada por Jörg Haider, enarboló un discurso anticorrupción que, poco a poco, fue mermando las bases de apoyo de la Gran Coalición, incluso entre sus votantes más moderados. Para 1999, el descrédito en que había caído el gobierno era tan grande que la reedición de una administración rojinegra era impensable.

Durante la segunda mitad del siglo XX, Austria fue ejemplo de colaboración entre socialdemócratas y socialcristianos. Varios gabinetes y más de 30 años de gobierno de coalición rojinegra atestiguan esta tradición, que surge como respuesta a la crisis institucional causada por las desavenencias entre ambos partidos durante la primera república austríaca y que derivaron en la anexión de Austria al Tercer Reich. Por esta razón, el pacto de gobierno entre los socialcristianos y la ultraderecha, en desmedro de un acuerdo con la socialdemocracia, no dejó indiferente a la Unión Europea. Bajo la conducción de Jacques Chirac, los europeos congelaron las relaciones bilaterales con Viena y se negaron a nombrar a los austríacos en cargos internacionales. Sin embargo, los actos de repudio en contra del nuevo gobierno austríaco no lograron debilitar la figura de Schüssel, por el contrario, tras él se organizó un movimiento de unidad nacional que amenazaba con bloquear la aprobación del Tratado de Lisboa. Así las cosas, por temor a que este bloqueo se materializara, al poco tiempo la Unión Europea levantó las sanciones en contra de Austria. El discurso racista, xenófobo y nacionalista, se instaló en la cancillería austríaca y a nadie pareció importarle.

En este período, Austria llevó a cabo la política económica más liberal de su historia: privatizaciones, beneficios tributarios para las empresas y las grandes fortunas y reducción de beneficios sociales. Además, el discurso público se tiñó progresivamente de argumentaciones racistas. Todos los partidos, no sólo la formación neofascista, endurecieron su posición respecto a la política migratoria: instauración de la doble pena, disminución de las cuotas migratorias, restricciones para el reagrupamiento familiar, obligación de tomar cursos de alemán, obstáculos para las naturalizaciones, autorización policial para detener a los solicitantes de asilo sin respaldo judicial y restricción de las posibilidades de apelación para los solicitantes de asilo cuyo pedido fue rechazado en primera instancia.

En Austria, el racismo es una expresión de violencia que tiene más implicancias simbólicas que físicas. Habitualmente, los negros y los musulmanes son acusados de pedofilia, narcotráfico y toda suerte de delitos. Los clichés racistas son elementos habituales en las campañas políticas de la extrema derecha y su diario, Kronen Zeitung, hace diez años publica columnas que denuncian los "malos hábitos" de los inmigrantes.

En los últimos años, la extrema derecha se ha convertido en un actor relevante de la política austríaca. Su discurso ha calado hondo en el imaginario colectivo de los austríacos y es un socio cada vez más apetecido para otros partidos, como los verdes y los socialdemócratas, que hasta ayer afirmaban no estar dispuestos a negociar con el racista Partido de la Libertad. Tanto es así, que dirigentes de casi todos los partidos austríacos –con excepción de los verdes– lamentaron públicamente la muerte de Jörg Haider, en un acto que constituyó una verdadera venia de Estado al proyecto de la extrema derecha.

Italia: del Duce al Cavaliere

Entre mayo y diciembre de 1994, durante el primer gobierno de Silvio Berlusconi, Liga Norte y el Movimiento Social Italiano, dos partidos que coquetean abiertamente con el legado fascista de Mussolini formaron gobierno junto a Forza Italia, la tienda de Berlusconi. Era la primera vez que un miembro de la Unión Europea tenía en el gobierno a representantes de la extrema derecha. Poco tiempo duró este primer concubinato entre la derecha populista de Il Cavaliere y los nostálgicos del fascismo. Sin embargo, luego del derrumbe del segundo gobierno de Prodi, Berlusconi potenció sus vínculos con la extrema derecha para asegurar su victoria en los comicios del 2008.

Con un discurso plagado de alusiones xenófobas, clichés racistas y propuestas populistas, Berlusconi sedujo a la extrema derecha y a un amplio sector de la sociedad italiana, triunfando cómodamente en las últimas elecciones generales. La crisis de la izquierda, reflejada en las constantes desavenencias al interior del Partido Democrático, las acusaciones de corrupción contra el gobierno de Prodi y la profunda crisis económica que éste debió enfrentar, permitieron que cada vez más italianos miraran hacia la derecha en busca de una solución para el caos institucional que aquejaba al país durante el año 2007. Así las cosas, mientras cumpliera su promesa de sacar a Italia de la debacle, a nadie pareció importarle que Berlusconi se mostrara públicamente con Roberto Fiore, secretario general de Fuerza Nueva, condenado a nueve años por formar una banda armada; Luca Romagnoli, líder de la organización fascista Flama Tricolor; y Adriano Tilgher, condenado en 1975 por intentar formar un partido fascista.

Desde que Berlusconi y sus aliados llegaron al gobierno, el discurso anticomunista del Primer Ministro y las proclamas racistas de Liga Norte y otras organizaciones neofascistas inundan los medios de comunicación. En este escenario, se han sentado las bases para que varios elementos del período fascista (1922-1943) retornen a la vida pública italiana. La violencia contra los inmigrantes y las minorías, la captura de los espacios públicos por grupos de choque, los actos vandálicos contra monumentos y sedes partisanos y las alabanzas al Duce y su gobierno, están a la orden del día desde entonces. Pero el mejor ejemplo de este renacer del fascismo en Italia es el triunfo de Gianni Alemanno -ex miembro de grupos de choque neofascistas durante los años ochenta- en las últimas elecciones por la alcaldía de Roma. Por primera vez desde el gobierno de Mussolini un representante de la extrema derecha se sienta en el capitolio romano.

Sin embargo, el resurgimiento del fascismo en Italia no se reduce a hitos simbólicos. La mano de hierro de los alcaldes de Liga Norte y el gobierno frente a la migración y las minorías ha llevado casi al límite de lo aceptable la práctica del discurso segregacionista. Flavio Tosi, alcalde de Verona y militante de Liga Norte, antes de ser reelecto con el 60% de los votos, se jactó públicamente de haber expulsado a los gitanos del centro histórico de su ciudad por razones estéticas. Giancarlo Gentilini, vicealcalde de Treviso y militante de Liga Norte, llevó a cabo una campaña de erradicación de mendigos, gitanos, prostitutas y vendedores ambulantes, justificando su accionar en las enseñanzas del evangelio y el fascismo. Y el gobierno, ante la pasividad de la izquierda y la Unión Europea, ha desarrollado una agresiva política contra los inmigrantes, que considera: censo de la población romaní, desalojo sin posibilidad de reubicación, vejaciones policiales, detenciones ilegales, leyes contra la mendicidad que incluyen la exacción de menores y nula integración escolar. Pero la más aberrante de estas medidas es la obligación de portar una tarjeta identificativa con la palabra rom que recae sobre la población gitana. Una medida que recuerda la marcación de judíos en la Alemania Nazi.

Ahora bien, los inmigrantes no son la única minoría afectada por la presencia de la extrema derecha en el gobierno, los homosexuales, los musulmanes y cualquier persona alejada de los parámetros de normalidad establecidos por los neofascistas, también son sus víctimas. Al amparo de un Decreto de Seguridad que no defiende a nadie y permite la formación de patrullas ciudadanas que, ante la reducción presupuestaria que afecta a la policía, toman la justicia en sus manos, la ultraderecha aliada al gobierno practica su discurso de odio contra el diferente.

Es cierto, Berlusconi no es Mussolini ni su gobierno es abiertamente fascista. Pero bajo su discurso personalista y sus propuestas populistas se cobijan una amplia gama de agrupaciones que sí sienten una profunda nostalgia por el pasado totalitario de Italia. Así, el discurso racista y la intolerancia neofascista se han legitimado al alero del Pueblo de la Libertad, el partido de Berlusconi, que, pese a todo, no ha perdido el reconocimiento de sus pares de la derecha popular europea.

El Pueblo de la Libertad, partido que fusionó el populismo conservador de Forza Italia con el nacionalismo de Alianza Nacional y el post-fascismo de Acción Social, es el partido político más grande de Italia con 276 escaños y junto a su aliado, la racista Liga Norte, constituyen una fuerza electoral que domina sin contrapesos la escena política italiana.

Mientras los medios de Berlusconi avivan el miedo contra el diferente y difunden su programa de gobierno y las ideas de su batucada neofascista, la crisis de los partidos tradicionales impide que se consolide una alternativa democrática capaz de hacer frente a esta deriva de intolerancia y racismo. Berlusconi utiliza sus medios para decir que Mussolini "no mató a nadie, mandaba a los opositores de veraneo", y cada vez hay menos prensa independiente capaz de denunciar sus coqueteos con el pasado fascista.

¿Por qué renace la extrema derecha en Europa?

Varias hipótesis permiten explicar el resurgimiento de la extrema derecha en Europa: la incapacidad de la socialdemocracia para desarrollar un discurso coherente con las necesidades de su electorado tradicional, el mundo obrero, hoy disputado por la ultra; el aumento del flujo migratorio y la crisis del Estado de Bienestar, dos factores que en conjunto tornan amenazante la presencia de extranjeros para los trabajadores europeos; el socavamiento de las instituciones democráticas, reflejado en la histórica baja participación de las últimas elecciones europeas y en el descrédito con que la opinión pública observa a la clase política; y el debilitamiento de la memoria histórica en muchos países de Europa. En conjunto, todas estas hipótesis permiten comprender este alarmante fenómeno de la política europea. Sin embargo, la última de ellas es la de mayor relevancia para comprender el renacer de la extrema derecha en Austria e Italia.

A diferencia de lo ocurrido en Alemania y Japón tras el derrumbe de sus respectivos regímenes totalitarios, el proceso de desfascistización en Austria e Italia quedó en manos de administraciones locales y no de las fuerzas aliadas.

En Italia, ante los ingentes recursos derivados de la ocupación alemana, los aliados confiaron la desfascistización a funcionarios del antiguo Estado y, posteriormente y en menor medida, a miembros de la resistencia. Como era previsible, esta medida impidió que la desfascistización fuese exitosa. Luego de tres amnistías (1946, 1953 y 1966) y tras el "archivo provisional" de los expedientes relacionados con los crímenes fascistas, los responsables quedaron impunes y el Estado no pudo despojarse de todo el personal colaboracionista que había en sus filas. Italia no pudo romper con su pasado totalitario y las

esperanzas puestas en el risorgimento italiano se vieron frustradas. Así las cosas, nada impidió que en las primeras elecciones democráticas celebradas tras el fin de la guerra participaran dos agrupaciones (Uomo Qualunque y Bloco della Libertà) nostálgicas del pasado reciente. Incluso, la prohibición constitucional de fundar partidos neofascistas establecida por la ley Scelba (1952) no pudo impedir que el Movimiento Social Italiano, defensor del legado de Mussolini, participara en la política italiana hasta 1994.

Al igual que los italianos, los austríacos tuvieron la oportunidad de desnazificarse por sí mismos. Pero además, a condición de que no se inclinaran por ninguno de los bandos comprometidos en la Guerra Fría, tuvieron el derecho a reescribir la historia. Para la historiografía oficial, tras la anexión Austria se transformó en la primera víctima de la política expansionista del Tercer Reich. De este modo, en el imaginario colectivo de los austríacos, la responsabilidad sobre los crímenes acaecidos en Austria durante la administración nazi recayó principalmente sobre los invasores alemanes. Gracias a este olvido planificado, la represión contra los nazis se relajó rápidamente sin mayores consecuencias para la moral pública de los austríacos. Ya en 1948, los 600.000 militantes del Partido Nazi de Austria recuperaron sus derechos cívicos, desatando una desenfundada e inescrupulosa carrera entre socialdemócratas y socialcristianos por captar esos votos. Sin embargo, más grave aún fue la anuencia con que la sociedad austríaca observó la creación de un partido revisionista, cuyo objetivo era seducir a los ex militantes del Partido Nazi. En este derrotero de olvido y pasividad frente al pasado reciente y sus reminiscencias, nadie se asombró cuando un ex oficial de la Wehrmacht, acusado de participar en la deportación de judíos a los Balcanes, ocupó la Presidencia de la República. Pero más grave aún es el culto público que la sociedad austríaca rinde a connotados íconos del período nazi. Karl Lueger, fundador del Partido Socialcristiano, primer partido de masas antisemita de Europa, cuenta con varias estatuas en su honor e incluso una iglesia lleva su nombre. Aunque, sin lugar a dudas, el ejemplo más lamentable de esta amalgama entre olvido y cinismo es el único monumento a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, que denuncia los "excesos" de los partisanos antinazis.

Sin embargo, es de justicia señalar que los socialcristianos austríacos, hoy agrupados en torno al Partido Popular, revisaron su pasado de colaboración con el fascismo y, a pesar de su reciente alianza con la extrema derecha, ya no defienden posturas antisemitas ni el corporativismo austro-fascista con el que se comprometieron en el período de entreguerras.

La extrema derecha ha ganado terreno en muchos países de Europa. Sus ideas tienen cabida en importantes medios de comunicación y conquistan más escaños que nunca en el Parlamento Europeo. En Inglaterra, país que siempre había observado al fascismo como un fenómeno exótico, la situación no es mejor. El Partido Nacional Británico, organización neofascista que no permite el ingreso de negros ni judíos, por primera vez en su historia tiene dos europarlamentarios y su presidente, Nick Griffin, es invitado a exponer el ideario del partido en un programa de la siempre ponderada BBC. En Polonia, dos gemelos ultraconservadores, Lech y Jaroslaw Kaczynski, una suerte de revival fascista de "mortalmente parecidos", llegaron al gobierno manifestando pública y reiteradamente su homofobia y antisemitismo, con el respaldo explícito de medios reaccionarios como Radio María. En Italia, los medios muestran sin empacho las bromas racistas de Berlusconi sobre el color de piel de Obama, sus comentarios revisionistas, y las apologías totalitarias de sus adláteres neofascistas. En Austria, más de un millón de personas vieron por televisión la pompa de Estado que el gobierno y los medios dieron a los funerales de Jörg Haider, líder de la extrema derecha de ese país. Cada vez es más recurrente ver a estos extremistas en puestos de poder o concediendo entrevistas a importantes medios europeos, ante lo cual la comunidad internacional y los gobiernos han reaccionado en forma pasiva, contentándose con condenas simbólicas.

Por temor a frenar la continuidad de sus instituciones, la Unión Europea ha evitado las sanciones contra los países en que la extrema derecha ha llegado al gobierno. Así, el resurgimiento del racismo, la xenofobia y el nacionalismo radical, ha tenido un grado de legitimidad no visto en Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Por su parte, las fuerzas antifascistas del siglo XX, socialcristianos, socialdemócratas y comunistas, por distintas razones, han sido cómplices de este renacimiento. En su afán por defender los valores tradicionales y frenar el flujo migratorio, los socialcristianos han mirado hacia la derecha cuando ahí han visto un socio potencial para derrocar a sus adversarios socialdemócratas. A su vez, en la izquierda no existe una propuesta político-económica capaz de seducir a los trabajadores afectados por la desindustrialización y la crisis del Estado de Bienestar. El embotamiento liberal con que los socialdemócratas han administrado sus últimos gobiernos y las disquisiciones ideológicas en el seno de la izquierda poscomunista, han dejado a los trabajadores de Europa a merced del discurso populista de la extrema derecha.

En estos días, Europa y sus líderes han recordado la caída del muro de Berlín como un símbolo de la unidad democrática y la libertad que hoy impera en el viejo continente. Sin embargo, poco han hecho por recordar las similitudes que existen entre las condiciones existentes en el período previo a la llegada del fascismo a Europa y las actuales: descrédito de la clase política y las instituciones democráticas, desorganización en el seno de la izquierda, tolerancia mediática con el discurso del odio y complicidad oportunista entre socialcristianos –populares- y neofascistas. Es justo y necesario que la memoria histórica recuerde y denoste el pasado totalitario de Europa del Este. Pero también debe recordar las condiciones que permitieron el surgimiento de un horror previo y mayor al muro de Berlín, el fascismo. Sería aventurado afirmar que están dadas las condiciones para que resurja algo similar a la Alemania Nazi o la Italia Fascista, pero si continúa la tendencia antes descrita Europa podría enfrentar una deriva de autoritarismo e intolerancia que no se condiría con los valores que se celebran en este vigésimo aniversario de la caída del muro. Será tarea de todos, la Unión Europea, los medios de comunicación, los socialcristianos, los socialdemócratas y la izquierda, evitar que esto suceda

(1) Javier Castillo Jaramillo, Coordinador Académico del Instituto Igualdad.